

MUESTRA DE POESÍA MEXICANA RECIENTE

DANA GELINAS (1962)

El niño Bill Gates

El niño Bill Gates tiene ojos traslúcidos y dientes afilados.

En un retrato, donde Su Madonna sostiene
sobre las piernas al niño,
un globo rojo y frío separa los rostros de hijo y madre.

Bill cuenta números más rápido que sus maestros
(sus dedos ganarían una carrera de caballos).

Su cerebro arma un mundo de silicio
en menos de siete días
en la noche del sótano.

Inventa universos paralelos,
una red para el planeta
y una red para la red,
por si acaso.

Aplasta al insecto que osa introducirse
en la computadora
(y además lo disfruta).

Juega con el otro Bill --¿al golf?--.
Bill Clinton le recuerda que la política
es aún más ruda que los negocios
pero, dentro de la Red, el niño Bill compite
con la mente de cada padre,
observa y azuza.

Arrebata los juguetes menos caros y de otros niños;
logra que su hermana transforme

HPR / 181

los chips en monedas.

Odia la luz del sol.

Practica la caridad:
muerde su galleta y la obsequia
(una vez tocado el dinero, no brilla).

La Madonna nunca pudo enamorarse de su criatura,
ese niño que no cree que exista un dios
capaz de resistir su puño de silicio.

Terminator

Arnold Schwarzenegger, antes austriaco,
se inflamó el corazón con esteroides
y pesas de gimnasio
emulando a los héroes modernos.

Y yo, lo confieso,
llegué a atiborrarme de burbujas de Coca-Cola
y palomitas de maíz,
mientras el gran Arnold, una estructura de titanio en vez de huesos,
terminaba con estrellas y extras de Hollywood.

Además, lo confieso, me parece un buen comediante
en películas para niños de *kinder garden*.

Sin embargo, lo que más admiro de él,
lo que me hace reír,
—y en verdad reí hasta las lágrimas—,
fue ver la escena en que le confiesa un gran amor a su esposa Kennedy
durante un homenaje público al actor:

HPR / 182

Te amo, María, porque tienes la belleza de leyenda de los Kennedy.
Te amo porque cuidas a los niños mientras filmo.
Te amo, y beso tu mejilla para despedirme,
siempre que voy a las juntas del Partido Enemigo de los Kennedy.

Declaro que te amo, y que tengo una fortuna propia
gracias a los monstruos del espacio cibernético
y a mi risa musculosa.

Te amo, María,
mientras levanto el puño de Bush,
el presidente más poderoso de la Tierra,
enemigo tuyo, y también de tus hijos.

Black and White

“Soy un Hombre Blanco”,
proclamó Michael Jackson
con las manos en los bolsillos
de sus pantalones de seda
y su casaca estilo imperio.

“Soy un hombre blanco.
Dios me concedió la gracia
de enloquecer a la multitud,
de bailar y seducir cuando gimo
ante un micrófono.
Yo soy Yo, Yo vendo
más discos que Dios
en cualquier continente.
Yo soy la escultura
de Dios vivo.

“Yo soy Yo, mi ser libre,

Yo decidí ser de piel blanca,
de nariz altiva,
¿labios?, de Diana Ross, mi modelo,
¿cejas? de Liz Taylor, madre mía.
Yo sólo soy un niño.

“Yo soy un gran dueño del azúcar,
comandante soy de la montaña rusa
mientras clamo al cielo,
amo soy del carrusel de Noé,
Yo soy el dios que echa a rodar
la suerte por el cielo.

“Ante la crisis de los cuarenta
Yo el dios de la piel perfecta.”

Y como rey del *show-biz*,
Jackson mostró su gran soberbia de hombre blanquecino:
desde el balcón, sobre el vacío,
suspendió a su heredero ante la multitud de seguidores:

“Él es mi descendencia.
Él es más blanco que yo
y más Dios que los hijos de ustedes.”

La Doncella de Hierro

Desde niña,
antes de ser elegida Primera Ministra de Inglaterra,
Margaret se peinó a la usanza de un Supremo Juez
(usó infinita laca sobre su cabello
hasta que terminó con la bienaventuranza
de nuestra gran capa de ozono).

HPR / 184

Esta Doncella de Hierro,
ella misma un sillón de tortura con puñales en asiento y espalda,
se transformó en la Dama de Hierro Más Gélida del Planeta.

Con ella se abatieron los sindicatos de hombres duros
del acero y de las minas
del duro Gales, de la digna Escocia
y del resto de Inglaterra.
Con ella *tories* y comunes pálidos
enmudecieron en su fe.

Bajo su ira, el hielo fue transfigurado en nitrógeno líquido
sobre las Islas Malvinas,
cuando Margaret disparó contra un buque-lancha
con un cargamento de niños
reclutados de las escuelas
de la noche a la mañana.

Con ella, un extremo del planeta se congeló aún más
cuando otros grupos de estudiantes,
en suelas de goma,
fueron a defender el honor de la República Argentina.
Una Alaska del Sur para la Dama.

Una estatua de hielo se apoderó de mi alma
cuando leí que Margaret desembarcó mercenarios kurdos
inyectados de droga
para degollar
batallones de niños
con las suelas de goma de sus tenis
fusionadas al hielo de la Antártida.

HPR / 185

El pequeño Augusto

Augusto, el nene Pinochet,
sólo podía llamarse Augusto.

No obstante, ¿qué es incluso el apelativo del César
sin la armada de un pequeño país?
Y qué es un pobre país,
su presidente y su moneda,
y qué son las urnas
de una gran democracia
sino cenizas,
sin las insignias de un gran ejército.

Augusto no era sino la fe ciega
en instituciones majestuosas:
el ejército de Chile,
el Pentágono
y su madre.

“Aprende inglés”, aconsejaba la Santa Señora,
mientras hacía punto de cruz,
“y se te abrirán las puertas
aquí... y en otras partes del mundo”.

Y Augusto, pesado, soso,
tan distinguido como un carcelero
después de un mal día,
aprendió a hablar inglés
con funcionarios menores avecindados en Chile,
luego con funcionarios medios del Norte;
finalmente, lo entrevistó un funcionario de espejuelos
tras un enorme escritorio de caoba.

HPR / 186

“Se le entiende perfectamente,
y se le aprueba.
Nos gustan sus tiempos
y sus modos,
¡ejem!, estamos de acuerdo con los sujetos
y ¡wow!, general,
¿dónde manda usted a lavar su uniforme?
Ni siquiera puedo contar todas sus insignias”.

“Esto” --se enderezó de golpe Augusto
y asintió con un tenso arco en la espalda--,
“es obra de mi madre”.

Un día, el pequeño Augusto mató a su amigo Salvador.

“Mal Nombre”, dictó su madre,
“Salvador del Más Allá es de mal agüero”,
mientras lavaba y cepillaba cada insignia de su traje,
“Mal Nombre”, y una lucecita se encendía, microscópica,
en el Valparaíso de su cabeza.
Al amanecer, el consentido Augusto daba órdenes
de matar y torturar,
y la madre de Augusto lustraba galardones
y los volvía a clavar a la altura del pecho,
hasta que un día Pinochet encerró a miles
de salvadores en un estadio
y los ejecutó a todos.

Ningún huérfano,
viuda,
o madre enlutada,
logró que tiritaran siquiera
los millones de luminarias que encendió
la madre de Augusto alrededor de su cerebro.

HPR / 187

Hoy mismo varios tribunales internacionales
intentan juzgarlo.

Ahora lo cuida un médico igual que su madre.
Lo consulta a domicilio y lee ante las cámaras
un informe de salud
cada vez que su cliente recibe
un citatorio del Tribunal de Justicia.
Hoy le duele el corazón,
y mañana no podrá confesar ante ustedes,
porque le dolerá la sien izquierda
y después la derecha.
En fin, mi paciente no confesará nada nunca.

Compíte con eso, César,
compíte con la madre de Augusto, Agripina la Justa.

HPR / 188

JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS (1965)

El silencio de las puertas

cierran un ámbito que comunica dos estancias o dos
cuerpos posiblemente dos naturalezas
la puerta divide lo que ha de ser guardado u oculto de
la intemperie
el silencio es la puerta que resguarda a las palabras del
pensamiento de las palabras de la voz
quien guarda silencio cierra una puerta para guardarse a
sí mismo
tras una puerta como tras el silencio ocurre algo en
secreto
cerrar una puerta o guardar silencio son dos gestos
equivalentes de la soledad

Hombre llevando un cadáver en brazos

el sitio
donde cabía tu alma
el nudo
terrestre donde reías
y caminabas y crecías y buscabas
los pasos seguros los gramos precisos
que pesa hoy la historia la sucesión robusta
de tu vida
el cuerpo de tu cuerpo
quieto
el duro
talismán que te amarraba al mundo
casi
no pesa

HPR / 189

el sitio
donde estaba tu resplandor
y tu sombra
cautelosa altiva bajo el cielo
a menudo soleado de morelia
uno a uno
están conmigo de pronto
ángulos tiempos lugares el gesto
esbelto y fijo de tu espanto
REPORT THIS AD
el seco
maxilar de tu sonrisa
el tibio
trepidar de tu osamenta
y vengo de ti como una posibilidad un eco una rama
pero no
es nada
ya
el ser el
centro el vínculo
de tu carne intranquilamente viva el sumergido vestigio
de lo sido
que ya no recordará el suelo la lluvia de los pasos
que recorrimos una vez para irnos lejos
huyendo del fracaso y los años
enconados de la necesidad
los que vivimos sin saber que de algún modo nos forjaron
como fuimos finalmente así los esforzados
años de la soledad donde crecimos
en contra hasta de nosotros (caros
precios de tu orgullo) los animales austeros de tu amor
y del deseo y del cielo
se fueron
de tu mano desde hace tiempo aquellos niños
hacia el duro territorio de sí mismos

HPR / 190

como la hiedra
en este muro
tal vez
recuerdas
yo soy el hijo que cambió
su pan por una bujía en el internado el orgulloso
y violento niño que tiró al cristo
o mejor dicho el hijo al que el cristo se le cayó de las manos
de mis insuficientes manos de cinco años pero esas mis-
mas manos me defendieron mejor que el cristo en las
peleas de calle esas manos duras y fieles y fuertes y que
ahora cargan tu isla del orgullo y tu altivez buscando
salvarte
sólo salvarte
como todos del dolor
o fue
tu herencia fue tal vez el carácter
la forma de conocer con pies durísimos las leyes
que nos guardan

REPORT THIS AD
REPORT THIS AD

me llamaron en la madrugada viajé toda la noche tuve
que romper la cerradura de esta casa y encontré tu in-
fartado cadáver en el suelo
te levanto
en mis brazos
como ofrenda
porque debo llevarte
de nuevo
a la tierra
pero qué leve nada ligero es tu cadáver el sitio
del coraje y de la fuerza y de todo este difícil amor tuyo
de todo
el resplandor
de tu recuerdo

HPR / 191

ahora
que levanto
entre mis brazos este muerto
cuerpo tuyo
entiendo
y reconozco
que es austero
y cargo
con respeto
su corona
invisible
de tiempo
y no distingo
ya
ya no
distingo
en su peso
la larga la
enterrada historia
que nos hizo crecer
en este mundo

a mi padre

Nadir

A dónde van las cosas que nos duelen,
las que vivimos así, calladamente,
contando nuestros pasos que se borran.
El humo, la canción,
nada importante,
la misma calle, el mismo tren, la misma sombra.
A dónde van cualquier tarde
esas imágenes que aran
hasta el último rincón de lo que somos,
y vuelven y brillan y no hablan.

HPR / 192

A dónde van entonces que nos duelen
como un crujido de brasas en la noche,
como un espanto de pájaros y rezos.
Una herida que pasa despacio
al otro lado de la carne.
O sólo duele la pobre, pobre maravilla
que nos traspasa
y se aleja en su viento de detalles,
el truco triste de su apenas, muda
y miserable, duele toda, todavía.
Y a dónde va, igual, toda esa mancha
del dolor que invade
la hierba, la herrumbre, las baldosas
y el secreto temblor de las miradas.
A dónde van las cosas
que traemos en un pozo, en la huella de los dedos,
las voces del asombro y el amor y la tristeza.
Sólo sombras
limitadas, nuestras, quietas
y casi ofrendas también,
irremediables,
viejas.
Qué pobre es el dolor si lo inundan
de gavetas, filigranas o preguntas,
si lo explican. No se curva
el dolor sobre su lámpara, no pasa
por el umbral de las palabras.
Es sedoso rumor bajo el candil del esqueleto,
cangrejo hambriento que se entierra
en la arena púrpura del alma.
A dónde va la sombra de las cosas, el vaho
de la tibieza en un cristal.
A dónde va el prodigio, ese ver
de pronto el afilado fuego, la serpiente
a los pies de una diosa de madera.

HPR / 193

Ese ver que sólo es aire, rastro,
música de huellas;
y ese como tocar de pronto
una honda, honda grieta
debajo de este mundo.

Las cosas

Se van yendo las cosas
en un ritual tranquilo.
No sé si desaparecen
o sólo cambian de lugar.
Pero cada vez son menos
las cosas y parecen perderse
alrededor de mí
en una blanca neblina.
Esa luz de la tarde las protege.
Los días se van llevando las cosas que he querido.
Con pasos secretos, a mi espalda
se desvanecen. Las cosas
pequeñas, provisionales. Las cosas
que supuse que eran mías.
Y cada vez me siento
más solo, pero más ligero.
Un emigrante, digamos,
que va perdiendo su equipaje
pero no lo lamenta.
Creo que mi vida
ha sido un ir dejando cosas
extraviadas, inútiles
y queridas en lugares que he olvidado.

HPR / 194

Los agonistas

esta noche cualquiera de martes
sólo los jóvenes de menos de veinticinco
tienen aún algo inesperado que ganar o perder en su vida
casi todos los demás nos hemos acostumbrado
a las pequeñas domésticas mediocres dosis en las que viene la vida
sólo los jóvenes de menos de veinticinco esta noche cualquiera de
martes
perforan con fosforescentes proyectiles de música
adentro de sus oídos las murallas indiferentes de la noche
y arriesgan su identidad por un increado don que los acecha
arrastran hasta el peligro el privilegio de la juventud
mientras su corazón todavía sin blindaje
podría recibir precisamente hoy precisamente esta noche cualquiera de
martes la perdurable herida
que los hará fuertes o espectrales para siempre
la bala abisal que les obligará si sobreviven a construir la dura cicatriz
de su coraza

HPR / 195

MARIO BOJÓRQUEZ (1968)

Casida del odio

I

Todos tenemos una partícula de odio
un leve filamento dorando azul el día
en un oscuro lecho de magnolias.

II

Todos
tenemos una partícula de odio macerando sus jugos
enmarcando su alegre floración
su fruta lánguida.
¿Pero qué mares
ay, qué mares, qué abismos tempestuosos golpean
contra el pecho y en lugar de sonrisas abren garras
colmillos?

Levanta el mar su enagua florecida, abajo de su piel va creciendo
otra ola dispersada en su vacua intrepidez elástica. Levanta el mar su
odio y el estruendo se agita contra los muros célibes del agua y atrás y
más atrás viene otra ola, otro fermento, otra forma secreta que el mar le
da a su odio, se expande sábana de espuma, se alza torre tachonada de
urgencias; es monumento en agua de la furia sin freno.

III

Todos tenemos
una partícula de odio
y cuando el hierro arde en los flancos marcados
y se siente el olor de la carne quemada
hay un grito tan hondo, una máscara en fuego
que incendia las palabras.

IV

Todos tenemos una
partícula de odio.
Y nuestros corazones
que fueron hechos para albergar amor
retuercen hoy sus músculos, bombean
los jugos desesperados de la ira.
Y nuestros corazones
otro tiempo tan plenos
contraen cada fibra
y explotan.

V

Todos tenemos una partícula
de odio
un alto fuego quemándonos por dentro
una pica letal que orada nuestros órganos.
Sí, porque donde antes hubo
sangre caliente, floraciones de huesos explosivos,
médula sin carcoma,
empecinadamente, tercamente,
nos va creciendo el odio con su lengua escaldada
por el vinagre atroz del sinsentido.

VI

Todos tenemos una partícula de
odio
y cuando el índice se agita señalando con fuego
cuando imprime en el aire su marca de lo infame
cuando se erecta pleno falange por falange
¡Ah!, qué lluvia de ácidos reproches
qué arduos continentes se contraen.

HPR / 197

El gesto, el ademán, la mueca
el dedo acusativo
y la uña
jay!, la uña
corva rodela hincándose en el pecho.

VII

Todos tenemos algo que reprocharle al mundo
su inexacta porción de placer y de melancolía
su pausada, enojosa, virtud de quedar más allá
en otra parte
donde nuestras manos se cierran con estruendo aferradas al aire de la
desilusión; su también, por qué no, circunstancia de borde, de extrema
lasitud, de abismo ciego; su inoportunidad, sus prisas.

VIII

Todos tenemos algo que decir de los demás
y nos callamos.
Pero siempre detrás de la sonrisa
de los dientes felices, perfectos y blanquísimos
en sueños destrozamos rostros, cuerpos, ciudades.
Nadie podrá jamás contener nuestra furia.
Somos los asesinos sonrientes, los incendiarios,
los verdugos amables.

(coda)

En alguna parte de nuestro cuerpo
hay una alarma súbita,
un termostato alerta enviando sus pulsiones,
algo que dice:
ahora

HPR / 198

y sentimos la sangre contaminada y honda a punto de saltarse por los ojos, las mandíbulas truenan y mascan bocanadas de aire envenenado y la espina dorsal, choque eléctrico, piano destrozado y molido por un hacha y los vellos, las barbas y el escroto, se erizan puercoespín y las manos se hinchan de amoratadas venas, el cuerpo se sacude, convulsiones violentas y todo dura sólo, apenas, un segundo y una última ola de sangre oxigenada nos regresa la calma.

Brooklyn Bridge

Desde la otra orilla de lo que digo
se tiende un puente para llegar a mi palabra
Cada vez que pronuncio mi nombre
mi nombre vuelve a mí desfigurado
Cada que digo agua, el agua vuelve viento
el viento fuego, el fuego mi nombre exacto
pero mucho más pleno, y más desconocido.
Tiro palabras, nombres, versos a la otra orilla
cada vez
y cada vez anuncian nuevas intensidades
de lo que no conozco.
Habría de arrojar sobre este puente
aquello que no digo, mi silencio
para que alguna vez vuelva poema.

Statue of Liberty

En Fifth Avenue nadie mira al vecino
todos tienen en su abrigo negro un botón
es el botón del *excuse me*
Avanzan en la acera repleta
de Godiva Chocolatiers hasta Saint Patrick
pronunciando entre dientes *excuse me excuse me*

HPR / 199

(Yo también he aprendido a decirlo
pero aún no logro pronunciarlo con indiferencia
me falta indiferencia)
Cada vez que me topo con alguien
digo *excuse me*
pero busco la cara, trato de reconocer
el rostro, el cuerpo, con el que he tropezado
me falta indiferencia
Por eso hoy, justo a la salida de Barnes&Noble
he podido observar su bronceada figura
el tacto *solid brass* de su piel tan pulida
Excuse me, madame –he dicho
y los rayos de su corona han brillado para mí.

Columbia University FGL

Aquí el poeta tejió su barca negra
aquí tejió de hilo su pasión inerte
aquí ladró y aulló con voces de navíos
Viene el sapo y canta la canción de mañana
viene la lechuza y canta la canción de lo oscuro
vengo yo a cantar la canción que todavía no sé
y dice:
Vanse oscuras nieves, vanse
a bogar en serenos trópicos su manglar de estertores
Vanse orillas de la sombra
vanse ligeras olas de caballos y muerte
vanse gaviotas, vanse espumas del cieno, vanse
Vanse también puertos, ensenadas, tornillos
 enmohecidos

HPR / 200

Espresso at SoHo

Yo soy ese que toma café
bajo los cascos de los caballos
He venido desde la Zona Río en Tijuana
desde el Cecut a probar sus cubos de azúcar
No confío en el Village ni en sus antros clásicos
me gusta el SoHo barrio de pintores y galeristas
y en el mantel individual manchado de menta
le digo a mi amigo Poncho que aquí
y en Saint-Germain-des-Prés
en Les Deux Magots
el café sabe igual
que en El Taquito de la Leyva

HPR / 201

MARÍA RIVERA (1971)

Casa de los heridos

Cuando a esta ciudad la devore la noche
quedarás tú, Jamaica, con tu sol insomne,
carne de maravilla,
algarabía sin sombra.
Abrirás tus brazos para mí,
me dejarás recorrerte como un ciego
adolorido ante la luz
azul de heliotropo,
la peonía interminable y gélida,
el sueño puro del alcatraz,
la orquidea remilgosa, cuando
todo termine, se hundan mis galaxias
interiores, pondrás la mano
del lisandro sobre mi frente,
me darás respiración de boca a boca
con claveles, me extenderás las manos de las rosas
que alfombran tus pasillos. Todo renacerá
con la luz palpable de los girasoles,
el suspiro anaranjado de los tulipanes holandeses,
la vara silvestre de la salvia farinácea.

Oh, casa de los heridos,
cuando en la hora del quebranto te visite,
abre para mí los ojos llorosos de los iris,
el puño de las anémonas,
la boca de los anturios,
el consuelo de la hortensia
y del narciso.

HPR / 202

Templo del instante florecido,
devuélveme la mansa gracia
de las fresias, la resignada belleza
de la caléndula:
sáname, recíbeme, resucítame.

Estas cosas

A Carlos Santiago

Querido amigo, te diré. Te diré
estas cosas oscuras que suceden, hacen
de mí un animal profundo,
esas cosas como corceles tumultuosos
que me ciñen por el ojo y por la cima,
las mismas, atadas y terribles.

Quiero hablarte lenta, limpiamente
sobre el hombro. Decirte la tierra
que miro con mi puñado de polvo.

Decirte estas piedras enemigas
que caen sobre mi espalda, entre mis ojos,
su dolor preciso, su hora exacta, el agua
desbordada en que me vuelvo.

Qué heredad de sombras,
qué trozo de luz helada
me queda en la lengua y el olvido.

Si pudiera, si pudiera
trasponer estas lindes enemigas.

Déjame apoyar en ti los labios de esta herida,
decirte, larga, limpiamente
esas cosas tumultuosas que me rinden.

Polvo

Polvo,
no te olvides de mi hora.

Todo eres tú, todo conviertes
a tu simple dictado:
la súplica del hielo,
la arquitectura del beso.

No me dejes sola cuando caiga
en la noche la lágrima del tiempo.

Cierra tus labios en mi frente,
y estos pasos míos
ponlos en lo más hondo de ti
como un secreto:

la oscura certidumbre
de tu reino,
el oscuro sometimiento
de tu súbdita.

Respuesta

No tengo corazón para las cosas,
para verlas rodar en su caída,
para el largo murmullo
en su agonía.

No tengo corazón para las cosas
felices de este mundo:
no me alcanza el corazón para la risa,
ni el ojo para el ave,
ni la mano para la gota.

HPR / 204

No, no tengo corazón.
No alcanza su hipo a la hipérbole
ni sus dedos se congelan con la nieve.

Y aunque quisiera rendirse, a veces,
tumbarse sobre la hierba,
su sombría pesadumbre se lo impide.

Me falta corazón para las puertas,
para las manos de los hombres.

Me falta. Me falta morir
para encontrarlo.
Tenderme
sobre el lomo de su rayo,
cabalgar sobre su grupa.

A veces, ya muy noche, pregunto
al enorme silencio del mundo
cómo puede morir
el corazón entre las manos;
a veces, muy temprano, pregunto
a la gran algarabía del mundo.

Asombrada,
miro su torpe ánimo,
su paso incierto,
su lenta caída.

Es triste, lo sé.
Pero no tengo corazón para las cosas
felices de este mundo.

Los muertos

Allá vienen
los descabezados,
los mancos,
los descuartizados,
a las que les partieron el coxis,
a los que les aplastaron la cabeza,
los pequeñitos llorando
entre paredes oscuras
de minerales y arena.

Allá vienen
los que duermen en edificios
de tumbas clandestinas:
vienen con los ojos vendados,
atadas las manos,
baleados entre las sienas.

Allí vienen los que se perdieron por Tamaulipas,
cuñados, yernos, vecinos,
la mujer que violaron entre todos antes de matarla,
el hombre que intentó evitarlo y recibió un balazo,
la que también violaron, escapó y lo contó viene
caminando por Broadway,
se consuela con el llanto de las ambulancias,
las puertas de los hospitales,
la luz brillando en el agua del Hudson.

Allá vienen
los muertos que salieron de Usulután,
de La Paz,
de La Unión,
de La libertad,
de Sonsonate,
de San Salvador,
de San Juan Mixtepec,
de Cuscatlán,

HPR / 206

de El Progreso,
de El Guante,
llorando,
a los que despidieron en una fiesta con karaoke,
y los encontraron baleados en Tecate.
Allí viene al que obligaron a cavar la fosa para su hermano,
al que asesinaron luego de cobrar cuatro mil dólares,
los que estuvieron secuestrados
con una mujer que violaron frente a su hijo de ocho años
tres veces.
¿De dónde vienen,
de qué gangrena,
oh linfa,
los sanguinarios,
los desalmados,
los carniceros
asesinos?
Allá vienen
los muertos tan solitos, tan mudos, tan nuestros,
engarzados bajo el cielo enorme del Anáhuac,
caminan,
se arrastran,
con su cuenco de horror entre las manos,
su espeluznante ternura.
Se llaman
los muertos que encontraron en una fosa en Taxco,
los muertos que encontraron en parajes alejados de Chihuahua,
los muertos que encontraron esparcidos en parcelas de cultivo,
los muertos que encontraron tirados en la Marquesa,
los muertos que encontraron colgando de los puentes,
los muertos que encontraron sin cabeza en terrenos ejidales,
los muertos que encontraron a la orilla de la carretera,
los muertos que encontraron en coches abandonados,
los muertos que encontraron en San Fernando,
los sin número que destazaron y aún no encuentran,

HPR / 207

las piernas, los brazos, las cabezas, los fémures de muertos
disueltos en tambos.

Se llaman

restos, cadáveres, occisos,

se llaman

los muertos a los que madres no se cansan de esperar

los muertos a los que hijos no se cansan de esperar,

los muertos a los que esposas no se cansan de esperar,

imaginan entre subways y gringos.

Se llaman

chambríta tejida en el cajón del alma,

camisetita de tres meses,

la foto de la sonrisa chimuela,

se llaman mamita,

papito,

se llaman

pataditas

en el vientre

y el primer llanto,

se llaman cuatro hijos,

Petronia (2), Zacarías (3), Sabas (5), Glenda (6)

y una viuda (muchacha) que se enamoró cuando estudiaba la primaria,

se llaman ganas de bailar en las fiestas,

se llaman rubor de mejillas encendidas y manos sudorosas,

se llaman muchachos,

se llaman ganas

de construir una casa,

echar tabique,

darle de comer a mis hijos,

se llaman dos dólares por limpiar frijoles,

casas, haciendas, oficinas,

se llaman

llantos de niños en pisos de tierra,

la luz volando sobre los pájaros,

el vuelo de las palomas en la iglesia,

HPR / 208

se llaman
besos a la orilla del río,
se llaman
Gelder (17)
Daniel (22)
Filmar (24)
Ismael (15)
Agustín (20)
José (16)
Jacinta (21)
Inés (28)
Francisco (53)
entre matorrales,
amordazados,
en jardines de ranchos
maniatados,
en jardines de casas de seguridad
desvanecidos,
en parajes olvidados,
desintegrándose muda,
calladamente,
se llaman
secretos de sicarios,
secretos de matanzas,
secretos de policías,
se llaman llanto,
se llaman neblina,
se llaman cuerpo,
se llaman piel,
se llaman tibieza,
se llaman beso,
se llaman abrazo,
se llaman risa,
se llaman personas,
se llaman súplicas,

HPR / 209

se llamaban yo,
se llamaban tú,
se llamaban nosotros,
se llaman vergüenza,
se llaman llanto.
Allá van
María,
Juana,
Petra,
Carolina,
13,
18,
25,
16,
los pechos mordidos,
las manos atadas,
calcinados sus cuerpos,
sus huesos pulidos por la arena del desierto.
Se llaman
las muertas que nadie sabe nadie vio que mataran,
se llaman
las mujeres que salen de noche solas a los bares,
se llaman
mujeres que trabajan salen de sus casas en la madrugada,
se llaman
hermanas,
hijas,
madres,
tías,
desaparecidas,
violadas,
calcinadas,
aventadas,
se llaman carne,
se llaman carne.

HPR / 210

Allá
sin flores,
sin losas,
sin edad,
sin nombre,
sin llanto,
duermen en su cementerio:
se llama Temixco,
se llama Santa Ana,
se llama Mazatepec,
se llama Juárez,
se llama Puente de Ixtla,
se llama San Fernando,
se llama Tlaltizapán,
se llama Samalayuca,
se llama el Capulín,
se llama Reynosa,
se llama Nuevo Laredo,
se llama Guadalupe,
se llama Lomas de Poleo,
se llama México.

HPR / 211

MIJAIL LAMAS (1979)

Tres imágenes

(A partir de un poema de Álvaro Mutis)

I

El día se vuelve piedra en la oficina, la luz enferma. Hemos quedado casi ciegos: sólo podemos ver la vida a través de la pantalla. En los cubículos el aire es la frustración que nos respira. La mujer del aseo pega una imagen de San Judas Tadeo en el cuarto de las escobas, después ofrendará su paga en el casino. En el umbral de una sala de juntas, un hombre calvo trata de esconder su erección y una secretaria lo mira de reojo, recordando la partida de su amante. En los baños, media hora antes salir, un hombre reza arrodillado, para que todo estalle.

II

Esta calle por la que han paseado las víctimas y sus asesinos, donde dos hombres se besan bajo el amparo de la diosa fortuna; es una línea recta donde nadie encuentra a nadie, sólo la lujosa decadencia de los héroes y su herrumbre. Acaso sea el telón de fondo para los derrotados, última ruta que conduce al sueño.

III

Nadie está seguro del origen de este canto. Se inició en el tiempo de los grandes milagros y las soberbias herejías. Algunos otros creen que nació como una voz entre los cafetales, en el pecho de una mujer habitada por demonios, o antes, a la orilla de un río donde moran los hombres que sólo cubren su sexo con la corteza exacta. Acaso en un bosque donde un padre abandonó a su hijo un instante previo a la tormenta, o mucho antes todavía, en el monte Sinaí como un mandamiento ignorado. En ninguno de esos lugares quedan dioses que confirmen su existencia.

HPR / 212

Un día vino a instalarse frente a mí y se quedó en mi cuarto. Hoy ha salido a posarse junto a la torcaz, en los cables del teléfono, donde cuelga también la tarde y lo precario.

Nevermind...

No recuerdo muy bien qué pasó aquel día en que te volviste un amasijo informe la cabeza de Colosio también voló en pedazos un mes antes todo apuntaba a que la cúpula del PRI lo había planeado todo a las 17:12 horas de ese 22 de marzo una mano se alza con un revólver Taurus 38 lo recuerdo porque a ella la besaba en la calle y yo sus caderas sus pechos la saliva y aquel tipo que siempre vestía de traje a pesar del calor nos lo dijo a quema ropa mataron al candidato como si nos importara más que la fiebre pero a ti te encontraron un mes después y en el MTV la policía concluyó que había sido una escopeta Remington M-11 calibre 20 la que te dio el pase de entrada al concurrido club de los 27 luego Ruanda un exterminio del 75 % de la población tustsi que nadie recuerda pero sí que volaron tus sesos por toda la sala de esa mansión en Seattle y Richard Lee acusado de asesinato y violación fue ejecutado en Texas tampoco nadie lo recuerda y los pasamontañas se volverían un artículo de moda para los activistas del mundo simpatizantes con la revolución en Latinoamérica y la reivindicación de los pueblos indígenas disculpen las molestias esto es una revolución pero yo no me acuerdo donde estaba yo y al cruzar por primera vez la frontera el mamón del migra y los días aburridos en San Diego escuchando In Bloon en la casetera de mi primo y ni por asomo el Tratado de Libre Comercio que entraba en vigor ante las dudas de los firmantes la crisis mercaderes privatizadores y ni la devaluación dios mío me robaban el sueño y no saber lo que se va persiguiendo “que ya lo imaginé que lo presiento ahora” que leeré después como un vestigio brillante de aquel año de cráneos hechos polvo la memoria en que tú te morías de tanta fama y tal vez sólo tal vez por no querer saber con quien durmió tu mujer la noche anterior...

HPR / 213

Contraverano
(fragmentos)

*

A Rafael y Roberto Orozco

Por larga distancia te cuenta tu madre
que hoy podrías cocer un huevo en el toldo de algún carro si quisieras,
que no es conveniente salir a la calle al mediodía,
que hay 50 grados de un resentimiento para todos.

Te cuenta que el periódico de hoy señala
que este año ya hay más muertos por el narcotráfico
que caídos en la guerra del Irak.
No sabes si decirle que exageran
o que al final, tal vez, tengan razón.

Será sólo el verano rugiendo sus bromas.

Otro día la voz de tu madre tiene algo de gladiolo y tierra,
todo porque no sabe explicarte
cómo a veces la vida es un espejo que duplica la muerte.

Entonces la voz de tu primo Rafael desde su tumba
te sigue preguntando:
¿Qué es lo que hacen los poetas para ganarse la vida?
Pero él ya no vive para poder explicarle
que un poeta no se gana la vida,
que la vida nos gana con trampas el juego
y es un lugar común decir que es injusta como la muerte.

*

HPR / 214

No quisiste quedarte.
No quisiste aprender cómo quedarte.
Quedarte resignado a beber toda la luz que nunca muere.
De tal modo que el recuerdo te soborna,
te hace dudar hasta llevar tus manos a tocar lo que no tienes.
Para tocarlo primero hay que saber decirlo, decirlo muchas veces.
Mucho tiempo has pensado destejer, una tras otra,
las tramas que se te van enredando entre los dedos.
Mucho tiempo quisiste enumerar cada partícula de polvo, cada capa de
tristeza,
enumerar también cada puñetazo de la frustración,
cada truco para engañar el mediodía que te cortaba en sombra la figura.
Pero no puedes y te llevas una mano a la cabeza
y descubres que en ese recuento
hay una imagen que tienes de ti mismo y te es extraña
que sólo en sus contornos y a lo lejos, apenas en su sombra,
podrías reconocer.
Hay algo que ahora te detiene.
Has dicho demasiado y te has metido en un problema.
El añejo dolor que te conserva despierto y a la sombra
guarda para ti un sentimiento de revancha.
No puedes avanzar lo que quisieras,
el desierto que pretendes recordar se vuelve más extenso.

*

Lo que antes fue desierto aún persiste
y en unas cuantas líneas crees recuperar todo de nuevo,
recuperar aquel paisaje donde el verano cumplía su destrucción
inapelable.
Pero hay algo diferente,
las calles que recuerdas tienen zanjas más hondas,
las paredes de las casas tienen grietas como relámpagos de piedra.
Crees que puedes volver a llenarte de polvo los bolsillos,
crees que puedes patear lejos de aquí remordimiento, rabia y rencor
como si de cosa pequeña se tratara.

HPR / 215

Crees que puedes volver y una sensación de sequía en tu garganta te sorprende.

Te sorprende también aquella disposición al cariño que justificaba cada golpe,

aquella sensación de no sentirte solo sin creer que dios te vigilaba.

Y pronuncias en voz baja

una blasfemia que solamente a ti te reconforta.

¿O es qué todo lo que has dicho no deja de ser una conjetura

o una ávida reconstrucción de los hechos

o una manera de legitimar una mentira,

porque eres otra presa del olvido

y herido por el sol en el costado,

se han calcinado todos tus recuerdos?

No hay nada,

te cuesta trabajo creer que no hay nada.

Regresas para buscar en ti algo que permanezca

y compruebas que lo único palpable que posees,

ahora que ya es tarde y tienes sueño,

es el cuerpo de una mujer que no puede dormir

y te espera en otro cuarto.

Dejas la pluma que habías tomado para escribir eso que no alcanzas a fijar,

apagas en silencio cada una de las luces de la casa

y el desasosiego no se extingue por completo.

Quisieras continuar, pero ya es tarde.

*

De aquellos que me vieron ya nadie me recuerda,

a veces ni yo mismo alcanzo a recordarme.

Tal vez algún verano quemó todas las fotos

y el sol dejó cenizas en lugar de recuerdos.

Fundación de la casa (fragmentos)

I

Fundamos la casa en un cuarto piso.
Salvo los aviones,
nadie vive por encima de nosotros.
Ella delimitó sus dominios, no muchos,
la casa es chica.
No es difícil encontrarse a cada paso,
poco a poco dejamos de ser desconocidos.
Ella me deja entrar en la cocina,
que yo prepare de comer no significa
una invasión a su territorio.
En la mesa de la sala esta mi oficio,
desde ahí miro las repisas con los libros
y cerca de donde se lee historia universal
está la foto de la boda.
En ella no me parezco al que soy todos los días,
luzco feliz de otro modo,
de otro modo del que soy ahora.

III

Lucía tiene oscuros ojos chinos y el cabello negro.
Odia los domingos y los días de lluvia,
pero odia mucho más el humo del cigarro.
Su cuerpo, patria justa de mis manos,
es morena tarde que termina;
así también de oscura su nostalgia.
Su atuendo, que ha cambiado
de acuerdo al frío de esta ciudad tan grande,
aumenta en mí el deseo.
Le cuesta trabajo andar en metro,
dice que la mirada de los hombres

HPR / 217

se le pega a la ropa,
por eso se desnuda en cuanto llega a casa.
Se pierde fácilmente en todas partes;
si la dejara en medio de un centro comercial
le costaría trabajo encontrar la puerta de salida.
Es de imaginar que nunca me separe de ella.
Se vuelve, si razón, loca de celos,
y a veces llora después de hacer el amor,
un poco como la primera vez,
donde la piel nos regalo su nacimiento.
No sé por qué lo hace,
qué lucha dentro se le vuelve llanto.

XII

Saturada su piel,
ceñida tenazmente por mi cuerpo,
que hasta en su respirar
mi amor va desplegando
la pétrea flor, la rosa que se fija.

El tiempo pule en ella
su preciso diamante, duro rastro
que en mi cuerpo perdura.
Cristal clarividente
que así me ve caer desde sus ojos.

Al fuego que me esconde
la calma castidad de tus modales,
a ese voy cayendo
como si de la tumba
que es siempre hospitalaria, se tratase.

Así mi mano extiende,
urgida de apurar esa distancia,

HPR / 218

la calidez del tacto
donde ganar se puede
la más oculta gloria de dos cuerpos.

XVIII

Te propongo que hagamos del amor cosa sencilla.
Pensemos que debe adquirir una abierta disposición a obedecer.
Será necesario acariciarle el lomo,
para que aprenda de sus dueños la suavidad del tacto.
Dejémosle tranquilo andar por nuestra casa.
Tengamos fe.
Pero no olvidemos su condición de perro,
siempre muerde la mano que lo alimenta.

Él es quien nos cuida,
quien guarda con esmero nuestra casa.
Prisioneros de nuestra propia bestia,
vivamos temerosos de abandonar su rabia.

HPR / 219

ALÍ CALDERÓN (1982)

Ánima

El ánimo es una instancia de naturaleza femenina al interior de la psique del hombre. Funciona como un modelo que prefigura la conducta con las mujeres.

En la relación amorosa, esta imagen es culpable de la absoluta fascinación y de la acerba misoginia. El arquetipo, de modo insondable, potencia la intensidad del sentimiento.

¿Quién es ésta que viene y todos miran
y hace temblar de claridad el aire?
Guido Cavalcanti

I

[Pole position]

Y mi pecho una supercarretera
de ocho, dieciséis, treinta y dos carriles
con miles y millones de caballos de fuerza
vertiginosos corriendo
y derramando lumbre en mis arterias.

Aquellas peligrosísimas curvas
impostergables y letárgicas
y particularmente inabordables
cada vez que tú, Lesbia, no me miras.

Ese imperioso arrancar en segunda
cuando tus *sí* se vuelven indecibles,
impronunciables,
inminentemente pospuestos
turbiamente y con perfidia

HPR / 220

por tus *no* unánimes e incommovibles.
Sólo tú echas a andar este Ferrari rojo,
incalculablemente insaciable,
impaciente por recorrer solemne
las largas calles de tus piernas
siempre prodigiosas, siempre proféticas
y en lo que a mí respecta,
absolutamente litúrgicas,
plenas de infinitud.

Que la batería desbarate su potencia
en tu cintura inenarrable
porque finalmente y después de todo:
este bólico, Lesbia, no carbura
sin tus estrechos jeans a la cadera.

II
[pancake]

Tu dulce cuerpo Lesbia
con miel de maple todo
festín de lengua y labios
impone a todo el mundo.

III

Ni siquiera una catedral barroca
tiene tantos
y tan maravillosos encantos
como tiene Lesbia
bajo su delicada blusa.

IV

Pensaba Borges que en un punto

HPR / 221

están todos los puntos y en un
momento
 todos los momentos...

Si el adagio, Lesbia,
es verdadero,
se devela en tu belleza
 la belleza.

V

Hay algo en el aire Natalia que respiras
en cada uno de los pasos que das e ineluctables rompen
la continuidad del instante
en tu cintura que inaugura del arte
los nuevos códigos
algo
un insólito vértigo intensísimo
larga herida perceptible apenas
un cierto no sé qué tan admirable Natalia
tan inaudito y profundamente incomprensible

Mis días son un lento espejo intacto que enmaraña
incommovible
en sus fibras frágiles tu imagen.

VI

Estudia psicología y se llama
Nayeli.
 Señoras y señores poetas:
no se esfuercen más,
den por concluida la búsqueda,

 Ella es la poesía.

HPR / 222

VII

[Pobre Valerio Catulo]

A quién darás hoy tus versos, infeliz Catulo?
sobre qué muslos posarás la mirada? Qué cintura rodeará tu brazo?
cuáles pezones y cuáles labios habrás de morder inagotable hasta el
hastío?

Termine ya la dolorosa pantomima: fue siempre Lesbia,
exquisito poeta, caro amigo,

un reducto inexpugnable.

A qué recordar su mano floreciente de jazmines o aquellos leves
gorjeos

sonando tibios en tu oído?

para qué hablar del amor o del deseo si ella es su imagen misma?

por qué evocarla y consagrarle un sitio perdurable en la memoria? por
qué Catulo?

por qué?

Que tus versos no giren más en torno a sus jeans, a su blusa sisada,
que tu cuerpo se habitúe a esa densa soledad absurda y prematura,
que su nombre y su figura de palmera y su mirada de gladiola

se pierdan, poco a poco,

ineluctablemente y de modo irreversible,

en el incierto y doloroso

ir y venir de los días.

Y que a nadie importe si se llamaba Denisse, Clodia o Valentina
qué caso tiene pobre Valerio Catulo? qué caso tiene?

VIII

Este dolor es real, tangible:
se ha hecho presente
y deambula en estos versos.

IX

HPR / 223

De algún modo Nayeli
tú eres la culpable de estas borracheras incesantes
de este vómito amargo y asfixiante de madrugada
del ¿y qué más? después de un caballo de tequila
De algún modo Nayeli estás involucrada siempre:
falla el alumbrado público
la atmósfera roza el bajo cero
y el silencio lentamente ahoga mis pasos por la calle
El mundo pesa Nayeli
me abrume me cercena me rebasa

Estoy hecho jirones
y sin ti, inexorablemente,
me carga la chingada

X

A la muy lejana y perdida Valentina
debo decirle
 que todos mis poemas
-sí es que así puedo llamarlos-
nacieron de sus labios y sus piernas,
que cada adjetivo admirando su belleza
es una daga
que desgarrar mi piel y me desgaja
que ninguna construcción sintáctica
igualar su estar-en-el-mundo
y que no hay positiva reseña,
de crítico laureado,
tan grata
como una sola de sus sonrisas.

XI

HPR / 224

Es curioso Penélope
que en estas bellas playas
al hacer el amor
conozca por fin la simplicidad
del infinito
Y que efectivamente
aquellas galaxias que miraba tendido
en los campamentos de Troya
sean sólo refracción de tu iris.

XI b

Sin embargo Inmaculada
esta felicidad
 es insuficiente
Volvería el tiempo para recobrar mis huellas
para retornar al Hades
para retar nuevamente el poder de Poseidón
Todo lo haría por despertar en los jardines de Calipso
besar los labios de Circe la hechicera
y embriagarme con el tibio néctar
que mana su pecho y me conduce
a las puertas mismas del Olimpo.

XII

Pasearás, Helena,
por las anchas calles de Troya
con Menelao del brazo
como en otro tiempo lo hiciste con Paris.
Con mascada Hermès y vestido Valentino
cautivarás a quienes por ti lucharon,
a los que admiran tu paso frágil:
a Héctor, Ulises, Ajax y a todos

HPR / 225

los titanes juntos.
Y tú, Helena, sin embargo, cambiarías la gloria,
la fama, incluso tu lugar en la historia,
por empuñar, una vez más,
la enhiesta lanza
de este anónimo guerrero.

XIII
[Tes Mots]

Tus palabras son las mismas
Las sé todas de memoria
En el café
en la banca del parque
en el sofá de mi casa
o en tu living
hablas del nuevo lipstick
de la línea Revlon
de las peleas con tu prima
y de si el rosa mexicano
te hace ver gorda
Yo lo soporto todo
porque sé que el mensaje
realmente trascendente
gravita
en los botones
de tu blusa semiabierta

XIV

Hoy la tarde varió del verde al negro
porque te esperé y nunca llegaste.
Pude haberte confundido
con la de muslos de trucha
que va contra la corriente

HPR / 226

o con aquella de pechos de luz infinita
que no conoce sino el eclipse de párpados.
El hecho es que no llegaste:
Y perdí el manjar de trucha
y permanezco aún en las tinieblas.

XV
[Transiberiano]

Diariamente diez mil kilómetros
recorre
el tren transiberiano
para llegar de Moscú a Vladivostok, en Siberia.
Nosotros habitamos la misma ciudad y
todos los días nos cruzamos por la calle
pero nuestro encuentro es más frío que
una noche fría de Siberia
y nadie todavía
construye
el transiberiano que conduce a ti.

HPR / 227

MARIEL DAMIÁN (1994)

Letras perdidas

Hace mucho tiempo
una mujer quiso escribir poesía
y no lo hizo
o tal vez sí
no lo sabemos.

En esa época donde
siempre era de noche,
había mujeres soñando las estrellas
anhelando la vida de otros

a escondidas

sigilosas

con miedo

Porque el mundo no era para ellas
el destino era otro

-era materno

Siempre enterrado en la tierra como
semillas de flores que no germinan nunca.

A veces, a mitad de una clase de Biología,
pienso en ellas como pienso en la historia de mi abuela.
Ella hubiera sido botánica, lo sé
había un jardín de bugambilias en los ojos,
hablaba en el idioma de la lluvia,
hablaba en el idioma de las nubes con tristeza
y me decía:

HPR / 228

-Enséñame a escribir, mi niña, para enseñarle a los muertos.
Aunque lo último que sepa sea leer mi nombre en una tumba.
Enséñame lo que aprendes en la escuela,
a mí también me hubiera gustado escribir poesía.

Cada libro es un gen

Cada libro es una secuencia de palabras nucleotídicas
que conforman el DNA cultural de la humanidad.

¿Será entonces cada palabra un átomo?

Un conjunto de libros es un cromosoma,
tiene información genética para determinadas
características del alma y la sociedad.

A través del tiempo, estos cromosomas
se fijan en las ideas de la población y
varían según el individuo de cada especie

A mayor diversidad librerística,
mayor capacidad de respuesta
al medio robusto

hostil

y dramático

que es la vida.

Mujer pájaro

Una mujer pájaro es definitiva.
Su gracia única como destellos
de perfección sin molde.
Bella en la textura de su piel

HPR / 229

y de sus alas.
Exacta en el ángulo de su nariz
y de sus plumas.
Precisa en la coloración
y orografía de su epidermis.

Una mujer pájaro
-que se sabe libre-
es definitiva.

Fuerte y ligera en cualquier sitio
donde halle luz y agua
pero consciente de su vuelo
si el canto cesa
si un paisaje hermoso
se convierte en jaula
si el amor deja de ser un eco
y el jardín de dos
se vuelve el huerto de uno.

Entonces la mujer pájaro vuela
dueña del cielo que son sus sueños
dueña del tiempo que es su vida
y su canto se multiplica
como la floración de las jacarandas
en primavera.

Todo empieza aquí

El viaje de la vida
Empieza frente al espejo
En el detalle de la piel
En las ojeras
En los ojos ya desorbitados

HPR / 230

Que se buscan a sí mismos

Todo refleja el vacío que hay
más allá de lo que miro.
Y vuelve a mí, el minúsculo recuerdo
de una célula tras otra en todo mi cuerpo.

Todo empieza ahí y se sostiene,
en la mente
se vuelven más turbios los colores
y se mezclan, entre tantos
y nunca sabes quién eres
qué genética te ha tocado
por qué brazos y no alas de mosca,
por qué pulmones

aire

tierra

Y no branquias

agua

sueños.

Ciudad de México

(Visión de la ciudad a los 19 años)

Ciudad que me miras dormida,
que te sabes los pasos que doy
y los lugares en los que ando
como una madre que mira y calla
para predecir el futuro.

Ciudad de esquinas tristes,
en tus brazos de concreto me sumerjo
y bien sabes que lo que quiero es huir
de ti y de tu regazo.

HPR / 231

Alejar mis zapatitos de tu desnudez grisácea,
de tu cielo bipolar y desafinado
de tu gente que palidece cuando te transita.

Este amor y este odio que me anidan
no son culpa tuya,
es el oxígeno asfixiante
el que entumece mi cuerpo
y mi cuerpo escribe porque
no sabe correr ni balbucear
ni contorsionarse
como mariposa rebelde.

Son estas las palabras que vuelan,
un rasguño de pájaro en el cielo.
Y son estas las líneas que forman
un tejado de letras en la oscuridad.

Soy yo quien desde aquí te mira desvanecer,
porque no tienes huesos
y careces de médula que te sostenga.

Te duelen todos los secretos amontonados
y te rasga el llanto y la nostalgia
de lo que fuiste un día -ya lejano.

Te vistas de cables y arterias invisibles,
estás tan llena y vacía que
los semáforos te cuidan
porque pocas son las hojas de árbol
que cubren tu herida y muchos
los perros flacos que te recorren.

HPR / 232

En ti mi sombra se adormece
en ti la soledad encuentro
vestida de noche y de sangre
que corre bajo los pies mojados.

En ti yacen los restos de esperanza
enterrados junto a los muertos que te nutren,
junto a la calvicie de la muerte que nos ve
y ríe nuestras desgracias.

Ay, Ciudad que me tocas vivir.
ciudad de voces y ecos confundidos,
ni siquiera puedo llamarte mía
porque no eres ni de ti
ni de la tierra en que naciste.

Estás tan fría que
encojo los pies cuando te pienso
porque pensar en ti
es pensar en el reflejo que soy
-que somos-
en lo que nos hemos convertido
y no queremos ver.

En la angulación inexacta de tus rincones
crezco como un árbol torcido con sabor a leche,
crezco como hierba salvaje
entre vías del tren y asfalto,
crezco para mirarte de lejos
y saber quién soy,
quién eres y por qué
entre tu pecho de piedra rasposa
deletreo mi nombre.

Ay, Ciudad que nos contiene en su recodo,

HPR / 233

que me mira soñar
con la ciudad que nunca fuimos.
A ti mis dientes rotos
y la voz que se desangra con el viento,
a ti mi forma humana de luz y de neblina
y estas manos necias que te dibujan
en el tembloroso silencio de mi juventud.